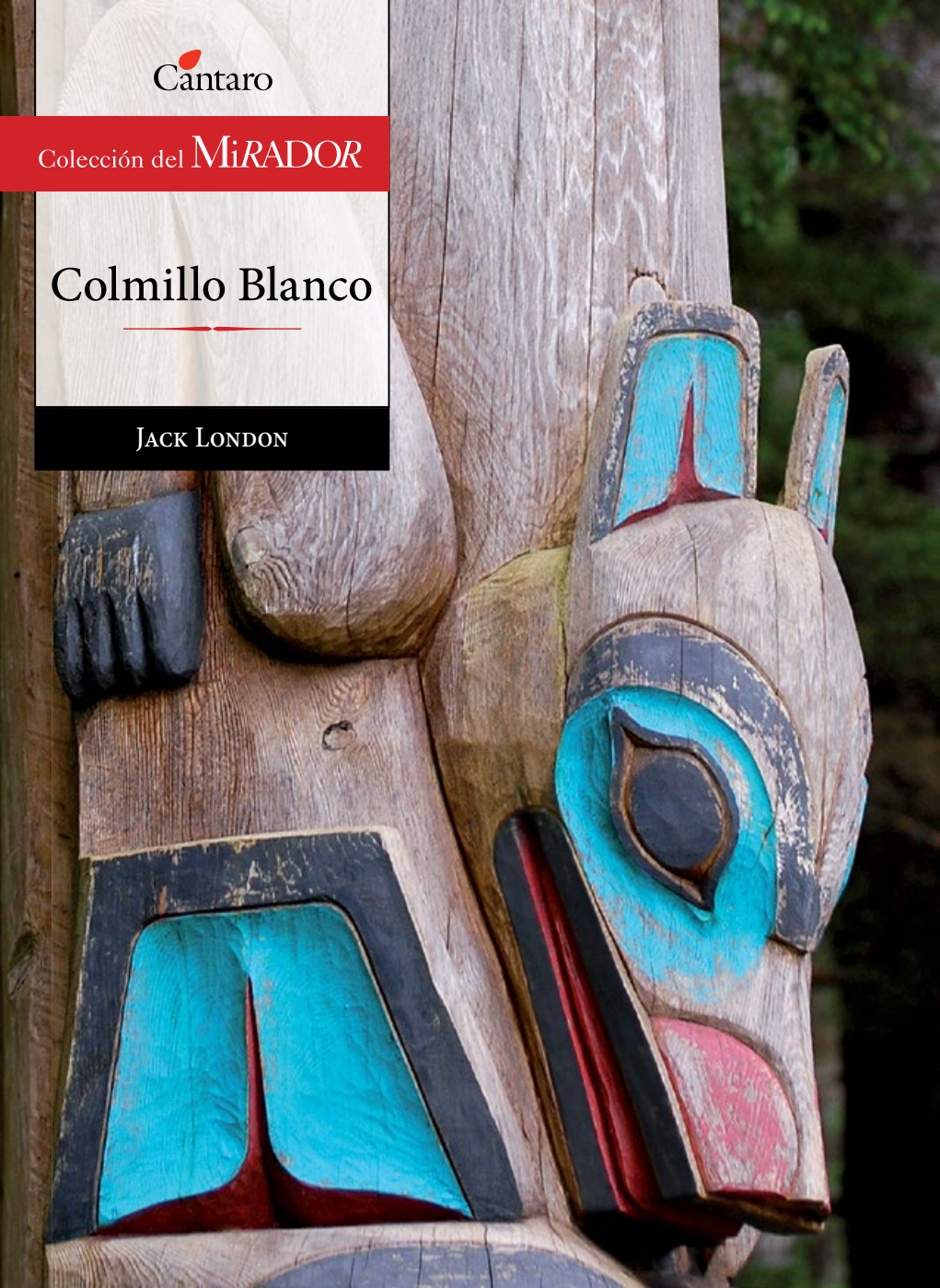


The logo for Cantaró, featuring the brand name in a serif font with a small red leaf-like icon above the letter 'a'.

Colección del **MIRADOR**

Colmillo Blanco

JACK LONDON



Colección del *MIRADOR*

Colmillo Blanco

JACK LONDON

 Cantaro

Colección del
MIRADOR

Gerente de Ediciones: Daniel Arroyo

Edición y traducción: Ana Lucía Salgado

Secciones especiales: Soledad Silvestre

Corrección: Amelia Rossi

Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Diagramación: Ana G. Sánchez

Coordinación de imágenes y archivo: Samanta Méndez Galfaso

Tratamiento de imágenes: Pamela Donnadio, Máximo Giménez y Tania Meyer

Imagen de tapa: Thinkstock

Imágenes: John y Karen Hollingsworth y Gary Kramer (US Fish and Wildlife Service),
Wikimedia Commons

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Jack London
Colmillo Blanco. - 1ª ed. 1ª reimp.- Boulogne: Cántaro, 2015.
320 p.; 19x14 cm. - (Del mirador)

ISBN 978-950-753-283-2

1. Narrativa Estadounidense.
CDD 813

© Editorial Puerto de Palos S.A., 2011

Editorial Puerto de Palos S.A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-283-2

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Primera edición, primera reimpresión.

Esta obra se terminó de imprimir en marzo de 2015, en Encuadernación Aráoz S. R. L.,

Avda. San Martín 1265, Ramos Mejía, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Puertas de acceso

Aventuras en la estepa boreal

Salvo por el hecho de que el protagonista es un perro lobo que, además, no vuelve a su hogar, no hay grandes diferencias entre *Colmillo Blanco* y cualquier novela de aventuras.

La *Odisea* de Homero —para tomar un ejemplo del que descienden directamente no solo el relato de aventuras, sino también la novela como género— nos narra las peripecias que Ulises (u Odiseo) tiene que vivir para poder regresar a su patria, la isla de Ítaca, una vez acabada la guerra de Troya. De hecho, a este relato paradigmático de la cultura occidental debemos al menos una de las acepciones que el diccionario de la Real Academia Española en su vigésima segunda edición registra para el término *odisea*: “Viaje largo, en el que abundan las aventuras adversas y favorables al viajero”. La otra acepción se desprende probablemente de los relatos de aventuras en su versión más moderna, ligada más a la figura del antihéroe que a la del héroe mítico (podemos pensar, por ejemplo, en don Quijote de La Mancha): “Sucesión de peripecias, por lo general desagradables, que le ocurren a alguien”.

Es que en toda novela de aventuras hay, necesariamente, un viaje. Y sin duda alguna, lo que Colmillo Blanco vive desde el momento en que abandona la seguridad de su cueva es una odisea que, igual que en Ulises o don Quijote, operará en dos niveles:

por un lado, el viaje propiamente dicho, a lo largo del cual Colmillo Blanco deberá hacer frente a una serie de situaciones comprometidas y riesgosas; y, por otro, el viaje interior, aquel que lo proveerá de un saber que antes no tenía y que generará tarde o temprano una transformación en él.

Es Colmillo Blanco, además, como el protagonista de las novelas de aventuras, un personaje que genera empatía en el lector. Aun cuando se muestra más salvaje y sanguinario, es posible ponerse en su lugar, entenderlo, sentir impotencia frente a las situaciones que le tocan vivir. Situaciones que, por otro lado, como pasa en este tipo de relatos, siempre se precipitan: la acción es trepidante (y esto a pesar de los largos pasajes descriptivos que encontramos en la novela). Además, la tensión se va mudando rápidamente conforme Colmillo Blanco cambia de dueño y de situación: la cueva, la naturaleza, el campamento indio, los norteamericanos que llegan a la región movidos por la Fiebre del oro, Weedon Scott y el cambio abrupto de escenario al dejar la tierra salvaje para adaptarse a la civilización.



Trineo como el de Weedon Scott, en Dawson City, 1899.

Y damos así con otro elemento fundamental de la novela de aventuras: los lugares exóticos. Estas historias siempre nos permi-

ten viajar y conocer regiones lejanas: el desierto, la selva, los extremos del mundo. La mayor parte de *Colmillo Blanco* transcurre en la región ártica, al norte del continente americano. Allí tiene lugar la expedición funeraria que emprenden Bill y Henry, dos personajes que solo aparecen en la primera parte y de quienes no volvemos a tener noticias. Y aunque no se nos da ninguna marca topográfica precisa, es posible inferir que la acción transcurre en el Polo Norte, probablemente en Alaska, gracias a la minuciosa descripción que del entorno hace el narrador:

A ambos lados del congelado curso de agua, el oscuro bosque de abetos fruncía su ceño. Un viento reciente había despojado a los árboles de su cobertura de escarcha, y estos parecían recostarse unos sobre otros, negros y siniestros, en la decreciente luz. Un vasto silencio reinaba sobre la tierra. La tierra misma era desolación, sin vida, sin movimiento, tan solitaria y fría que su espíritu ni siquiera era el de la tristeza.

Allí es donde nace Colmillo Blanco y donde pasa sus tiempos de cachorro. Hasta que emprende el viaje con Castor Gris a lo largo del río Mackenzie para asentarse en la región canadiense del Yukón, donde pasará a manos del Hermoso Smith:

Castor Gris había cruzado la gran vertiente que se extiende entre el Mackenzie y el Yukón a fines del invierno, y había pasado la primavera cazando al pie de las montañas del lado occidental de las Rocallosas. Luego, construyó una canoa y descendió con ella, aprovechando el deshielo, por la corriente del arroyo Puercoespín, hasta su cruce con el Yukón, algo por debajo del Círculo Polar Ártico. En ese sitio, se alzaba el viejo fuerte que pertenecía a la Compañía de la Bahía de Hudson; en él, abundaban los indios y los víveres,

se desplegaba una insólita animación acompañada de mucho barullo.

El regreso al hogar, a diferencia de lo que pasa con los héroes de los relatos de aventuras, no es de ningún modo un regreso. Colmillo Blanco no vuelve a pisar la región ártica, sino que se va a California con su último amo, Weedon Scott, quien le da efectivamente un hogar. El lobo, a pesar del cambio, no tardará en adaptarse al nuevo escenario, aun cuando su instinto le juegue en contra:

En las tierras del norte, el único animal domesticado que tenían los hombres era el perro. Los demás vivían en los bosques, en estado salvaje y, cuando no resultaban demasiado formidables para luchar con ellos, se consideraban como legítima presa de los perros. Colmillo Blanco los había cazado durante toda su vida para procurarse carne, y no entendía que esta situación fuera tan distinta en las tierras del sur. Pero de ello tuvo que convencerse muy pronto en su nueva residencia del valle de Santa Clara.



El puerto de San Francisco (daguerrotipo c. 1850-1851).

Justamente en ese punto, Colmillo Blanco terminará su viaje: en el Valle de Santa Clara tiene a sus cachorros y se asienta de manera definitiva junto a Scott y su familia; y es allí también donde aprende a ser un buen perro doméstico a pesar de su naturaleza de lobo. Es que el viaje interior de Colmillo Blanco también ha concluido: el amor de su nuevo amo lo ha transformado por completo y ha entendido que ya nada tiene que ver con la gélida Alaska. Es, allí, en el calor californiano donde Colmillo Blanco encuentra un hogar.

¡Si parece real!

Aunque las transformaciones sociales, políticas y económicas venían gestándose desde mucho antes, es en la Europa de 1830 donde se toma verdadera conciencia de que el mundo ha cambiado. En ese momento, la burguesía está en plena posesión de su poder y, además, se da cuenta de ello. La aristocracia ya no tiene el protagonismo de antaño y casi no participa de la vida política. Al mismo tiempo, la clase trabajadora empieza a luchar para hacerse de un lugar en la nueva sociedad que se perfila.

La literatura de la región no es indiferente a esto, no solo porque la obra literaria se convierte en mercancía (tiene su tarifa que se fija no de acuerdo con el valor artístico, sino en función de la demanda, se confecciona según un modelo, se entrega en una fecha pautada, etc.), sino porque además se compromete con la realidad social. Surgen así las *novelas realistas*, en las que se pretende abordar la realidad objetiva, como fruto de una nueva sociedad (la burguesa), de una nueva filosofía (el positivismo) y de la preeminencia de lo científico.

En efecto, la base teórica del movimiento realista será el positivismo, escuela filosófica inaugurada por el francés Auguste

Comte, según la cual el conocimiento humano se reduce a los llamados *hechos positivos*, que son aquellos que podemos captar con los sentidos y someter a comprobación a través de la experiencia. Por eso, las novelas realistas suelen ser agnósticas¹, se enmarcan en una realidad externa comprobable y ponen su énfasis en las cuestiones sociales. La ciencia, además, está generalmente en primer plano o por lo menos presente en el proceso de escritura. Poco a poco, el realismo va convirtiéndose en *naturalismo*, escuela literaria que lleva todavía más allá los preceptos realistas: se trata entonces de describir la realidad circundante de manera objetiva, pero también de hacerlo desde el punto de vista de la ciencia.

Jack London fue uno de los primeros escritores norteamericanos en acercarse a las fórmulas naturalistas europeas y *Colmillo Blanco* (que publicó en 1906), un buen exponente de esta experiencia. La novela se sitúa en espacios concretos (Alaska, Yukón, California), en una época determinada en la que se describen además hechos históricos reales (por ejemplo, la Fiebre del oro que se desató a fines del siglo XIX en el río Klondike). Asimismo, se ponen en primer plano varias de las cuestiones sobre las que Charles Darwin se basó para formular su teoría de la selección natural: la influencia del medio, la herencia genética y la lucha de los seres vivos por adaptarse al mundo que los rodea. De esta forma, el narrador —como un científico— somete permanentemente a prueba al personaje: nos muestra cómo va reaccionando Colmillo Blanco frente a los distintos estímulos del medio, y nos explica las causas y consecuencias de cada una de sus respuestas, siempre desde el rigor de la ciencia. Hace hincapié, por

1 *Agnosticismo*: postura filosófica que considera inaccesible al entendimiento humano el conocimiento de lo divino (lo religioso) y de lo que no se puede conocer a través de la experiencia.

ejemplo, en el instinto y aquellos rasgos que Colmillo Blanco hereda de sus ancestros:

Nunca había visto hombres; pero cierto vago y oscuro instinto le decía que era preciso reconocer en el hombre al animal que había sabido conquistarse la primacía sobre los demás en la tierra salvaje. El cachorro contemplaba a los humanos no solo con sus propios ojos, sino también con los de sus antepasados... con los ojos que se habían alineado formando un círculo, allá en la oscuridad, alrededor de las hogueras que protegían los campamentos de invierno; que acecharon desde una distancia algo segura y desde el corazón de los bosques al extraño bípodo que era dueño y señor de todos los seres vivientes.

También destaca las cualidades que debe desarrollar para sobrevivir, las que podrían determinar la evolución de su especie:

Se hizo más enérgico y rápido en sus movimientos comparado con los perros que lo rodeaban; más veloz en la carrera; más astuto, más destructivo y esbelto que ellos, pero con más músculos y con unos tendones de hierro que le brindaban mayor resistencia; más cruel, feroz e inteligente. Se vio obligado a desarrollar todas esas cualidades, porque, de no ser así, no hubiera podido sobrevivir en aquel medio hostil.

Y nos hace saber, además, cómo viven los lobos salvajes. No desde la explicación teórica, sino desde la experiencia: nos permite verlos en acción, desenvolverse en distintas situaciones. Así, por ejemplo, cuando la loba y el Tuerto se separan de su grupo después del período de hambruna, el lector aprende que los lobos salvajes no andan en manada, salvo cuando el hambre los acosa.

Colección del **MIRADOR**

Colmillo Blanco

JACK LONDON

Título original: *White Fang*
Primera edición: Nueva York, Macmillan, 1906

Primera parte



I. El rastro de la carne

A ambos lados del congelado curso de agua, el oscuro bosque de abetos fruncía su ceño. Un viento reciente había despojado a los árboles de su cobertura de escarcha, y estos parecían recostarse unos sobre otros, negros y siniestros, en la decreciente luz. Un vasto silencio reinaba sobre la tierra. La tierra misma era desolación, sin vida, sin movimiento, tan solitaria y fría que su espíritu ni siquiera era el de la tristeza. Había en ella un asomo de risa, pero de una risa mucho más terrible que cualquier tristeza; una risa sin alegría como la de la esfinge¹, una risa fría como la escarcha y con parte de la dureza de lo infalible. Era la sabiduría de la eternidad, magistral e incommunicable, riéndose de la insignificancia de la vida y del esfuerzo de la vida. Era lo salvaje, lo feroz del corazón helado de las tierras del norte.

Pero, a pesar de todo, allí *había* vida; lo que significaba, sin duda, todo un reto. Por la pendiente del helado cauce, una hilera de perros, que parecían más bien lobos, bajaba con dificultad. La escarcha cubría su áspero pelaje. El aliento se les helaba en el

aire en cuanto salía de su boca y era despedido hacia atrás en vaporosa espuma hasta posarse en sus pies, en donde se cristalizaba. Los perros llevaban sendos arneses de cuerpo, como tirantes, que los mantenían unidos a un trineo que arrastraban. Había sido construido de recias cortezas de abedul, carecía de cuchillas o patines, y toda su superficie inferior descansaba sobre la nieve. La parte delantera del trineo estaba vuelta hacia arriba, a fin de que pudiera penetrar por la gran ola de nieve blanda que le dificultaba el paso. Atada con fuerza sobre el trineo, se veía una caja estrecha y larga, rectangular. Había también otros objetos: mantas, una gran hacha, una cafetera y una sartén; pero lo que ocupaba la mayor parte del sitio disponible, destacándose sobre todo lo demás, era esa caja estrecha y larga.

Delante de los perros, calzando anchos y blandos zapatos de pelo para la nieve, avanzaba con dificultad un hombre. Detrás del trineo iba otro. Dentro, en la caja, se encontraba un tercero para quien todo esfuerzo había ya terminado: una víctima de aquel salvaje desierto, un vencido que no se movería ni lucharía ya más, aplastado, aniquilado por él. Al desierto no suele gustarle el movimiento. Toma como una ofensa la vida, porque la vida implica movimiento, y él tiende siempre a destruirlo. Hiela el agua para no dejarla correr hacia el mar; les roba la savia a los árboles hasta congelarles el potente corazón; y con mayor ferocidad, y de un modo más terrible aún, humilla al hombre y lo obliga a someterse. Justamente al hombre, que es lo más inquieto que la vida ofrece, siempre en rebelión y en contra de la idea de que todo movimiento acaba en el momento en que cesa.

Pero allí, al frente y por detrás, como escolta, audaces e indomables, caminaban con esfuerzo los dos hombres que no habían muerto aún. Piel y cueros blandos cubrían sus cuerpos. Tenían pestañas, mejillas y labios tan cubiertos de cristales de hielo, producidos por su helada respiración, que era imposible

¹ *Esfinge*: ser fabuloso que se representa, generalmente, como un león recostado con cabeza humana.

distinguirles la cara. Esto les daba el aspecto de enmascarados duendes, de enterradores de un mundo de espectros en el entierro de uno de los suyos. Pero, pese a las apariencias, eran hombres que penetraban en una tierra donde todo es desolación, burla sarcástica y silencio; aventureros novatos enfrascados en una colosal empresa. Se introducían a viva fuerza en un mundo poderosísimo, tan remoto, tan ajeno a ellos y tan sin pulso como las profundidades del espacio.

Avanzaban sin hablar, economizando el aliento para mantener las funciones del cuerpo. Por todos lados reinaba el silencio, casi podían palpar su presencia. Afectaba su mente como las innumerables atmósferas que pesan sobre el buzo, en lo fondo de las aguas, afectan su cuerpo. Los aplastaba materialmente bajo la pesadumbre de la extensión sin fin, de inexorables fallos. Los hundía hasta reducirlos al último rincón de su mente, prensada para que de ella se escurrieran, como de los racimos el zumo, todo el falso ardor, la exaltación y las indebidas presunciones del alma humana, hasta lograr que se sintieran muy limitados e insignificantes, unas simples manchitas, unas partículas que se movían con poca habilidad y escasa inteligencia en el drama externo e interno de las ciegas y gigantescas fuerzas de la naturaleza.

Pasó una hora y luego otra. Menguaba, cada vez más rápido, la pálida luz del día, corto y sin sol, cuando en medio del aire en reposo resonó un grito débil y lejano. Se remontó primero con rápido impulso hasta llegar a la nota más alta, donde se afirmó vibrante para ir bajando después, muy lento, hasta dejar de oírse. Aquello hubiera podido ser el lamento de un alma en pena, de no haber en el triste grito cierta ferocidad, cierta hambrienta vehemencia. El hombre que iba al frente del trineo volvió la cabeza y cruzó la mirada con el que iba detrás. Por encima de la estrecha caja rectangular, ambos cambiaron una señal de asentimiento.

Entonces se oyó un segundo grito que pareció elevarse en el aire perforando aquel silencio con la sutil penetración de una aguja. Los dos hombres comprendieron de dónde partía el sonido. Venía de allá atrás, de algún sitio en la nevada extensión que acababan de atravesar. Un tercer grito, contestación a los anteriores, resonó también en la misma dirección, pero más a la izquierda del segundo.

—Nos persiguen, Bill —dijo el hombre que iba delante del vehículo.

Su voz sonó ronca, con un matiz que no parecía humano, y que evidenciaba el esfuerzo que debía realizar para hablar.

—La carne escasea —contestó su compañero—. Desde hace días no he visto ni el rastro de un conejo.

No dijeron nada más, aunque siguieron con el oído atento a los gritos de caza que continuaban resonando allá lejos, a su espalda.

Como había oscurecido ya por completo, desviaron los perros hacia un grupo de abetos ubicados al borde del cauce y allí acamparon. El ataúd, colocado junto al fuego, servía de asiento y de mesa. Los perros lobo, agrupados al otro lado de la hoguera, gruñían y se peleaban, pero sin mostrar el menor deseo de perderse entre la oscuridad.

—Me parece, Henry, que es digno de tomar en cuenta eso de que se hayan quedado tan cerca de nosotros —comentó Bill.

Henry, en cuclillas junto a la lumbre y apoyando la cafetera con un pedazo de hielo, asintió con la cabeza. No añadió una palabra hasta que se sentó sobre el ataúd y empezó a comer.

—Saben que, si se apartan, pueden acabar sin su pellejo —contestó entonces—. Prefieren comer de lo nuestro a ser comidos. Saben bien lo que hacen.

Bill movió dubitativamente la cabeza y objetó:

—¡Oh, no sé! ¡No sé!

Su compañero lo miró con cierta curiosidad.

—Esta es la primera vez que te oigo dudar de su instinto.

—Henry —replicó el otro, mascando con firmeza las habas que comía—, ¿te has fijado, por casualidad, de qué modo se resolvían los perros cuando les daba yo la comida?

—Sí, alborotaban más que de costumbre —contestó el interpelado.

—¿Cuántos perros tenemos, Henry?

—Seis.

—Bueno, Henry... —Bill se interrumpió un momento como para dar mayor fuerza y énfasis a sus palabras—. Como íbamos diciendo, Henry, tenemos seis perros. Seis pescados saqué yo del saco. Le fui dando uno a cada perro, pero, al llegar al último, no me quedaba ya pescado para él.

—Es que contaste mal.

—Seis perros tenemos —insistió el otro con tranquilidad—. Seis eran los pescados que yo saqué. Una Oreja se quedó sin el suyo. Volví al saco, tomé otro y se lo di.

—Pues no tenemos más que seis perros.

—Henry —continuó Bill como si nada—, no diré yo que fueran todos perros; pero eran siete los que engulleron los pescados.

Henry dejó de comer para echar una mirada por encima de la lumbre y contar los perros.

—Lo que es ahora, no hay más que seis —dijo.

—Yo vi al otro huir a través de la nieve —anunció Bill impasible, pero con toda seguridad—. Yo vi siete.

Henry lo miró con lástima y dijo:

—¡Qué alegría enorme tendré cuando hayamos llegado al fin de este viaje...!

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Bill.

—Pues quise decir que esta carga que llevamos te ha puesto tan nervioso que empiezas a ver visiones.

—También a mí se me ocurrió la idea —contestó Bill muy serio—. Y por eso, cuando lo vi correr por la nieve, me acerqué y observé las huellas. Entonces conté los perros y aún había seis. En la nieve han quedado todavía las pisadas. ¿Quieres verlas? Yo te las enseñaré.

Henry no contestó y siguió mascando en silencio hasta que, terminada la comida, tomó una taza de café. Se secó la boca con el dorso de la mano y dijo:

—Pues entonces, tú crees que era...

Un prolongado aullido, tan feroz como triste y que partía de aquellas tenebrosas profundidades, vino a interrumpirlo. Lo escuchó un momento y luego terminó la frase diciendo:

—... Uno de esos —al tiempo que acompañaba las palabras con un movimiento de la mano, señalando el sitio de donde el aullido provenía.

Bill asintió con la cabeza.

—Yo me inclinaría a creer esto antes que otra cosa —indicó—. Tú mismo observaste el alboroto que armaron los perros.

Como un aullido sucedía a otro, el silencio de antes se había convertido en un vocerío de casa de locos. De todas partes se elevaban los gritos, y de tal modo impresionó aquello a los perros que se apretaban, aterrorizados, unos contra otros, tan cerca de la lumbre que el pelo se les chamuscaba. Bill echó algo más de leña al fuego antes de encender la pipa.

—Me parece que no las tienes todas contigo —observó su compañero.

—Henry... —y entonces Bill, muy pensativo, le dio una chupada a la pipa antes de seguir adelante—. Henry, estaba pensando en la maldita suerte que ha tenido ese y que no llegaremos nunca a tener nosotros —y al decirlo, señalaba con el pulgar al que iba en el ataúd que les servía de asiento—. Espero que cuando tú y yo nos muramos, Henry, tengamos la satisfacción de que

haya bastantes piedras sobre nuestros esqueletos para evitar que los perros nos desentierren.

—Pero es que nosotros no tenemos familia ni dinero y demás, como tiene él —objetó Henry—. Estos entierros a larga distancia son un lujo que, por cierto, ni tú ni yo podemos pagar.

—Lo que no me cabe a mí en la cabeza, Henry, es que a un muchacho como ese, que era lord² o cosa por el estilo en su país, y que nunca tuvo que preocuparse de provisiones, ni de mantas, ni de todas esas cosas, se le antojara venir a estas malditas tierras que son el fin del mundo... Eso es lo que no acabo de comprender.

—Y que si hubiera sabido quedarse en casa, bien podía haberse muerto de puro viejo —contestó Henry, compartiendo la opinión del otro.

Bill abrió la boca para hablar, pero se quedó sin hacerlo. En vez de ello, señaló hacia el espeso muro de sombras que parecía oprimirlos por todos lados. No se distinguía en la profunda oscuridad ninguna forma, pero sí un par de ojos que relucían como ascuas. Pronto, Henry indicó con un movimiento de la cabeza un segundo par, y luego un tercero. En torno al campamento se había ido formando un círculo de relucientes ojos.

De vez en cuando, uno de aquellos se movía, o bien desaparecía para volver a aparecer después.

La intranquilidad de los perros había ido en aumento y huían, presa de repentino terror, hacia el lado del fuego donde estaban los hombres, entre cuyas piernas se arrastraban. En medio del tumulto, uno de los perros cayó rodando al borde mismo de la hoguera, aullando de dolor y de miedo, mientras el aire olía a pelo quemado. El barullo hizo que el círculo de ojos se moviera con inquietud durante un momento y que se alejara un poco;

2 *Lord*: título nobiliario, sinónimo de *señor*.

pero volvió a la misma posición de antes en cuanto los perros se apaciguaron.

—Henry, ¡qué desgracia que tengamos tan pocas municiones!

Bill había acabado de fumar su pipa y estaba ayudando a su compañero a tender las pieles y las mantas sobre las ramas de abeto que habían esparcido en la nieve antes de cenar. Henry gruñó y comenzó a desatarse los zapatos.

—¿Cuántos cartuchos dijiste que te quedaban?

—Tres —fue la contestación—. Y ojalá fueran trescientos. Entonces verían esos condenados para qué me iban a servir.

Lleno de furia, amenazó con el puño a aquellos ojos que brillaban en la oscuridad y, con cuidado, comenzó a acercar a la lumbre sus zapatos para que se secaran.

—Lo que yo quisiera es que esta racha de frío se acabara —continuó—. Llevamos ya dos semanas de estar a veinte grados bajo cero. Y lo que también quisiera es no haber emprendido nunca este viaje, Henry. Las cosas se presentan mal. No las tengo todas conmigo, la verdad. Y puesto ya a pedir, lo que desearía es que hubiéramos terminado de una vez con todo esto, y estuviésemos ya sentados tú y yo junto al fuego en Fuerte McGurry, jugando a las cartas: eso es lo que yo quisiera.

Henry volvió a contestar con un gruñido y se arrastró para acostarse. Dormitaba ya cuando lo despertó la voz de su compañero.

—Oye, Henry: a aquel otro que se acercó y robó el pescado, ¿por qué no se le echaron encima los perros? Eso me está atormentando la cabeza.

—Sí, una manía demasiado fuerte, Bill —contestó el otro medio dormido—. Nunca te vi de este modo. Hazme el favor de callar y duerme, que cuando llegue la mañana te habrá pasado todo. Es que estás mal del estómago: eso es lo que tienes.

Los dos hombres se durmieron, respirando pesadamente, uno al lado del otro y cubiertos con los mismos abrigos. El fuego de

la hoguera fue amortiguándose y el círculo de ojos brillantes que la rodeaba se fue cerrando. Los perros se apiñaron atemorizados, y gruñían de cuando en cuando de una forma amenazadora, al ver que algún par de aquellos ojos se acercaba demasiado. De pronto, fue tal el ruido que armaron que Bill se despertó. Salió del lecho con cautela, como si no quisiera despertar a su compañero, y echó más leña al fuego. En cuanto se alzaron las llamas, el círculo de ojos se fue retirando. Entonces miró, como por casualidad, a los apiñados perros. Se restregó los ojos y volvió a mirarlos con mayor atención. Después se arrastró hacia el montón de mantas.

—¡Henry! —llamó—. ¡Henry!

Este lanzó una especie de gemido al despertarse y preguntó:

—¿Qué ocurre ahora?

—Nada... que ya vuelve a haber siete. Acabo de contarlos.

Henry se limitó a manifestar con otro gruñido que quedaba enterado y, al momento, vencido de nuevo por el sueño, roncaba otra vez.

Quien primero se despertó a la mañana siguiente fue él, que llamó a su compañero para que se levantara. Faltaban tres horas para que se hiciera de día, a pesar de que eran las seis de la mañana, y, en medio de la oscuridad, Henry comenzó a preparar el desayuno, mientras Bill enrollaba las mantas y dejaba listo el trineo para enganchar.

—Oye, Henry —preguntó de pronto—, ¿cuántos perros dijiste que teníamos?

—Seis.

—Pues no, señor —exclamó triunfalmente Bill.

—¿Otra vez siete?

—No, cinco. Uno ha desaparecido.

—¡Diablos! —gritó furioso Henry, abandonando sus quehaceres para ir a contar los perros.

—Tienes razón, Bill —confesó—. El Gordito se ha marchado.

—Se apartó un poco y ha desaparecido para siempre.

—No es fácil que volvamos a verlo. Seguro que se lo han engullido vivo. Apostaría cualquier cosa a que aún gruñía cuando se lo tragaron. ¡El diablo se los lleve!

—¡Perro tonto! ¡Siempre fue así!

—Pero por tonto que fuera, no debía haberlo sido hasta el punto de ir a suicidarse de ese modo. —Miró a los demás perros del trineo con ojos escudriñadores que parecieron juzgar, en un momento, los rasgos más salientes de cada animal—. Apuesto —añadió— a que ninguno de estos haría lo que él ha hecho.

—Ni a garrotazos se apartaban estos de la lumbre —dijo Bill, asintiendo a aquellas palabras—. Siempre me pareció que el Gordito no andaba bien de la cabeza.

Y ese fue el epitafio³ que inspiró la muerte de un perro en aquellas tierras del norte... menos corto, por cierto, que el de muchos hombres.

3 *Epitafio*: inscripción que se pone en la lápida de una tumba.

Índice

| | |
|--|-----|
| Literatura para una nueva escuela | 3 |
| Puertas de acceso | 5 |
| Aventuras en la estepa boreal | 7 |
| ¡Si parece real! | 11 |
| Dime qué lees y te diré qué escribes | 14 |
| Jean-Jacques Rousseau | 15 |
| Charles Darwin | 16 |
| Me gusta ser lobo | 20 |
| Colmillo Blanco | 23 |
| Primera parte | 25 |
| I. El rastro de la carne | 26 |
| II. La loba | 36 |
| III. El aullido del hambre | 49 |
| Segunda parte | 63 |
| I. La batalla de los colmillos | 64 |
| II. El cubil | 77 |
| III. El cachorro gris | 88 |
| IV. La pared del mundo | 95 |
| V. La ley de la carne | 109 |
| Tercera parte | 117 |
| I. Los hacedores del fuego | 118 |
| II. El cautiverio | 132 |
| III. El marginal | 142 |
| IV. El rastro de los dioses | 149 |

| | |
|--|------------|
| V. El pacto | 156 |
| VI. La hambruna | 167 |
| Cuarta parte | 179 |
| I. El enemigo de su especie | 180 |
| II. El dios loco | 192 |
| III. El reinado del odio | 202 |
| IV. Las garras de la muerte | 208 |
| V. El indomable | 222 |
| VI. El amo amable | 230 |
| Quinta parte | 247 |
| I. El largo camino | 248 |
| II. Las tierras del sur | 255 |
| III. Los dominios del dios | 264 |
| IV. El llamado de la especie | 277 |
| V. El lobo durmiente | 285 |
| Manos a la obra | 297 |
| Cuestión de perspectiva: el punto de vista | 299 |
| Moldear la arcilla | 301 |
| Expertos en biología | 302 |
| Sopa salvaje | 304 |
| Luz, cámara, ¡acción! | 305 |
| Cuarto de herramientas | 307 |
| ¿Quién fue Jack London? | 309 |
| El perro lobo | 315 |
| Bibliografía | 317 |